

# ✕ Impar y rojo

I

Por nada del mundo cambiaría el padre Basilio su ronda nocturna. Pasitos donosos y flis-flis de sotana acariciando el aire fresco del templo, que huele a humedad dulce y sabe al amargor meloso del cirio consumido. En el candor sagrado del día que muere, por nada de este mundo cambiaría don Basilio su paseo por la nave ancha visitando los pequeños incendios de las velas que han prendido los feligreses como lágrimas temblonas y doradas en los flancos de la iglesia. Oye don Basilio el tin tin de las llavecitas que abren los cofres y recogen las ofrendas aún suficientes, siente el rápido recorrido de sus dedos índice y corazón por las cuatro esquinas negras a la búsqueda de las monedas rezagadas, renuentes, tibias, dedos expertos que buscan y a la vez parecen bendecir cada rincón de la caja.

Más sonidos perfectos en el silencio grave del edificio: las monedas al caer en la bolsa de cuero, el chirriar de la tapa que se cierra, la suavidad de su propio suspiro ante tanta hermosa recurrencia, ante el eterno retorno de todas las sensaciones las mismas tardes, idos ya los ordenados, las catequistas, los monaguillos: a solas su soledad y Dios.

Contempla don Basilio la elegante disposición del templo, sus tallas reformadas, sus tapizados reclinatorios color esmeralda a juego con el de su propia casulla y con las vidrieras emplomadas, y deja caer la mirada en los zapatos negros donde bailan las luces del templo reflejadas en el fino cuero: al fin y al cabo, piensa divertido y escandalizado de sí mismo, no somos franciscanos.

A lo lejos, frente a él, el altar dormita, y los bancos vacíos y alineados le parecen, en la penumbra, un ejército de hombres y mujeres arrodillados y silenciosos ante el ara sagrada, y retiene el símil para usarlo en ocasión propicia, por ejemplo, en la próxima visita del enviado del arzobispo, de la que espera conseguir ciertas ayudas y, tal vez, acaso, un reconocimiento a sus cuarenta años de labor al frente de su parroquia. De camino a la sacristía se siente don Basilio creador de metáforas novedosas: el púlpito se convierte en un burladero, y los parroquianos en brava (pero noble) ganadería que hay que domeñar con valor (las Sagradas Escrituras) y arte (la voz, la elocuencia). Pero según eso, piensa de pronto desanimado, el oficiante sería un torero, los monaguillos monosabios y así desarrollando la alegoría se llegaría al terreno de lo absurdo y lo frívolo: justo lo que detesta el enviado del arzobispo, conocido por su rigidez y por ser mucho más papista que el Papa, y que hacía pocos días, en informal cónclave y con general aplauso, había calificado de «bufonada» la forma de conducirse de unos curas díscolos que quisieron en su parroquia sacar los pies del tiesto: dónde se ha visto comulgar con rosquillas y officiar la misa vestido como un sindicalista. Nada, por tanto, de metáforas: el enviado del arzobispo no es un tontainas al que irle con literaturas.

De pronto el padre se detiene en el centro de la nave, como si súbitamente hubiera recordado algo importante. Ha tenido la impresión de que, al pasar junto a un confesionario, la luz burlona de las candelas ha perfilado una silueta en su interior:

una silueta como de ser humano. Sin embargo, en su monótona y solitaria ronda de cada crepúsculo —pero no la cambiaría por nada del mundo— el padre Basilio se ha asegurado de que las puertas están cerradas y el edificio vacío.

Así pues, diabluras de las sombras, fatiga acumulada, pupilas cansadas y falaces. Prosigue a pasitos cortos su camino hacia la sacristía, de pronto desazonado y descontento: se da cuenta de que ciertos niveles de la jerarquía nunca los podrá alcanzar. No está preparado: igual que no es un franciscano, tampoco es un jesuita. Tal vez ya llegó a donde le era dado llegar y, si así era, la visita del inquietante enviado del arzobispo sólo puede significar que, en el mejor de los casos, se quedaría donde estaba y como estaba. Bien hice, medita con la mano ya puesta en el tirador de la puerta de la sacristía y con una sonrisa que se le infla en los carrillos carnosos, bien hice en preparar un retiro digno, por si llega una tempestad después de cuarenta años de calma.

Pero el ruido detrás, al fondo del templo, no es fruto del error de los sentidos. Don Basilio se gira y sorprende por un instante una figura que nuevamente le parece cuasi humana, y que se precipita fuera del confesionario y desaparece en las sombras del trascoro.

¿Quién anda ahí?

No le sale la voz que espera, y la pregunta suena como flauta destemplada en el silencio de la iglesia. Además, lo que fuera aquello no anda, sino que se desplaza, casi se diría que vuela sobre el bruñido mármol del suelo.

Aguarda junto a la puerta de la sacristía el padre Basilio, inmóvil ante la angustiada certidumbre de que le están observando. Todo son malos presagios aquella noche, y cada segundo que pasa un niño muere de hambre en el mundo y una gota de sudor nace en la frente de don Basilio.

Diez, veinte, treinta segundos de silencio y de pronto un sonido lento y atroz le indica que aquello se ha puesto en movimiento.

Cuando el ruido crece, cuando se hace un rasgar insoportable y delirante, como si un gran serrucho partiera en dos el edificio entero, al padre no le cabe ya duda de que ha llegado la hora de presenciar lo sobrenatural, y un supersticioso terror se le enreda en el alma como una culebra muy fría. Y al fin contempla con el susto en el alma de qué manera emerge, como si las sombras la escupieran, aquella figura que le parece enorme, un diablo rojo como el fuego mismo del Inframundo, inhumano a pesar de su tronco, cabeza y extremidades: un Satanás deslumbrante que empuña una espada vengadora en una mano y que le busca veloz derecho hacia la sacristía. Entre oponer al Maligno la cruz que le cuelga en el pecho y la mundanal huida opta el padre por la solución menos virtuosa, y alzando su sotana corre a través de las estancias hasta alcanzar las escaleras que suben al campanario, sintiendo a sus espaldas el ruido reiterativo, lento, infernal, como una letanía que recitaran mil lobos tristes y enloquecidos que se le enrosca en el pecho como se enrosca la escalera de caracol cada vez más estrecha y con peldaños breves donde apenas caben los zapatos encharolados de don Basilio, que siente de pronto un relámpago en el brazo que le cruza el pecho, y una burbuja que sorda le estalla en algún lugar de sus arterias.

Cae boca arriba, y en lo alto alcanza a ver, más allá de las claraboyas, los primeros fulgores sobre la témpera violeta del cielo de Madrid, y piensa: cada estrella es un

niño que muere de hambre.  
Y es su última metáfora.